



VIDA DE DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

..oφo..

PRIMERA PARTE

INFANCIA I JUVENTUD

CAPÍTULO PRIMERO

En los momentos en que los pueblos que hoy forman la República Argentina empezaban a sentirse ajitados por la idea de la independencia, que había surgido en Buenos Aires con el movimiento revolucionario del 25 de Mayo de 1810, venía al mundo en el humilde hogar de pobres vecinos de San Juan, Domingo Faustino Sarmiento, ciudadano esclarecido de su patria i eminente pensador americano.

Nació Sarmiento el 15 de Febrero de 1811. Fué el penúltimo en nacer i el único varón de los cinco vástagos de los que fueron sus padres, don José Clemente Sarmiento i doña Paula Albarracín. El lugar de su nacimiento fué una casita de exiguas apariencias, situada en el barrio del Carrascal, que se encuentra en un extremo de San Juan i que en aquellos años era la morada de la parte mas pobre de la población.

Los padres de Sarmiento llevaban apellidos pertenecientes a

familias distinguidas de la localidad, i se encontraban ligados por vínculos de parentesco con algunas de ellas; pero no ocupaban una posición espectral, por no permitírsele su falta de fortuna i sus ocupaciones habituales.

Don José Clemente Sarmiento era un buen hombre, a quien las vicisitudes de la vida arrastraron continuamente de la buena a la mala fortuna. En su juventud, había sido peon; mas tarde fué arriero, i, andando el tiempo, se dedicó al comercio. En 1805 contrajo matrimonio, i formó el hogar de que tantas veces estuvo alejado en el ajitado vaiven de la vida. En 1810 formó parte de las milicias que mandó organizar el Cabildo de San Juan, de acuerdo con los revolucionarios patriotas de Buenos Aires, i cuando esas milicias fueron enviadas por el gobernador de la Roza al jeneral San Martín, sirvió a la causa de la independencia en un puesto subalterno del servicio de bagajes del ejército que atravesó los Andes i triunfó en Chacabuco. Mas tarde, en la época mas terrible de las revoluciones de San Juan, don José Clemente Sarmiento tomó parte en ellas i corrió la suerte de los vencedores i de los vencidos.

La señora Paula Albarracín era una excelente mujer, de inestimables prendas personales. Dedicada al cuidado de sus hijos, cultivaba en el corazón de éstos las virtudes i los sentimientos religiosos que constituían su noción del bien. Formada en la escuela del trabajo, como que en edad temprana había quedado huérfana i sin recursos, era laboriosa en un grado admirable. Con el fruto de sus esfuerzos había edificado la casita que aportó al matrimonio i que fué la cuna de sus hijos, i, cuando el padre de la familia andaba fujitivo, ella con sus industrias la mantenía honrada i decorosamente. Se ocupaba en muchas de esas labores domésticas que adornan a la mujer i que eran para ella el medio de ganar el pan de cada día. Hilaba, tejía i bordaba, teñía las telas, etc., i con el producto de estas obras, en las cuales era ayudada por sus hijas, sostenía su casa, pobre pero siempre digna.

No había en esa casa las comodidades de que la fortuna rodea a sus favorecidos, ni siquiera el relativo desahogo de las posiciones medias. Frecuentemente, las necesidades mas primordiales de la vida se hacían sentir de la manera mas impe-

riosa. En ese medio ambiente de virtud probada i de pobreza cercana a la miseria, se deslizaron los primeros años de Sarmiento. Cuando éste alcanzó, tras porfiada lucha con las adversidades de toda clase, una situación relativamente holgada, recordaba aquellos días, i exclamaba: "... ¡Pobres hombres los favorecidos de la fortuna, que no conciben que la pobreza a la antigua, la pobreza del patricio romano, puede ser llevada como el manto de los Cincinatos, de los Arístides, cuando el sentimiento moral ha dado a sus pliegues la dignidad augusta de una desventaja sufrida sin mengual..." (1).

Junto con las ideas de independencia i libertad, se habia difundido, en los años que siguieron inmediatamente al de 1810, el anhelo de propagar la instruccion. Era universal el deseo de los padres de educar a sus hijos, el afan de los gobernantes patriotas por fundar escuelas, i los esfuerzos de los políticos, visionarios por su inesperienza, por trasformar de un día a otro las ex-colonias españolas en pueblos cultos e ilustrados.

Este sentimiento jeneral tuvo en San Juan un intérprete convencido i activo en el gobernador don José Ignacio de la Roza. Este caballero, que se habia educado en Córdoba i graduado de doctor en leyes en Chile, i que habia permanecido diez años en Buenos Aires, recién vuelto a su pueblo natal, con el prestigio de su ilustracion i de sus relaciones, habia sido elegido gobernador a principios de 1815. Uno de sus primeros actos fué obtener del Cabildo los fondos necesarios para fundar una escuela, i a continuacion, al mismo tiempo que preparaba el local en una situación próxima a la plaza, encargaba a don Luis Aberastain que contratase en Buenos Aires maestros competentes. Como consecuencia de esto, a fines del año llegaban a San Juan los tres hermanos bonaerenses, don Ignacio Fermín, don José Jenaro i don Roque Jacinto Rodríguez, contratados, el primero como director i los otros dos como ayudantes, para la escuela que se iba a instalar.

A principios del año 1816 abría sus puertas la *Escuela de la Patria*, i daba entrada a cerca de trescientos niños de todas las condiciones sociales, sin exceptuar a los hijos de las negras.

(1) *Recuerdos de Provincia.*

esclavas. Todos los padres se sentían estimulados a educar a sus hijos i rivalizaban en el apresuramiento para ir a colocarlos bajo la dirección de los maestros.

Entre los niños que desde el primer día concurrieron a las clases de la *Escuela de la Patria*, estuvo Domingo Faustino Sarmiento. Sus padres, como todos los padres, habían descubierto en su hijo una gran memoria i el jérmen de una poderosa inteligencia, i tenían el noble anhelo de cultivar esas cualidades por medio de la educación. Los hechos vinieron a probar que el convencimiento de aquellos padres tenía un fundamento más real que el solo cariño. Sarmiento se distinguió en la escuela por una puntualidad digna de encomio en la asistencia, i fué uno de los alumnos más aventajados. Aparte del talento natural del niño, contribuía a su aprovechamiento el cuidado que sus proenitores ponían en su estudio: la madre no le permitía faltar a la escuela por motivo alguno que no fuese muy calificado, i el padre, aun cuando no era hombre de conocimientos, lo hacía estudiar sus lecciones todas las noches, para que las recitara en su presencia ántes de ir a acostarse.

En virtud de la acción combinada de la inteligencia i del estudio, no tardó Sarmiento en cosechar los primeros frutos de los propios i de los paternos desvelos: durante el curso del primer año de su estadía en la escuela, aprendió a leer. Fué ésta la primera manifestación visible de las vastas dotes intelectuales que le habían cabido en suerte i que debían indemnizarlo con usura de la carencia de otros bienes de la vida.

I aquí empezó para el niño una *via crucis* de lecturas ajenas a su edad, que le impuso su padre, deseoso de verlo ejercitar su saber. Tenía solo cinco años i obligado por el autor de sus días leía en su presencia en alta voz "la *Historia Crítica de España* por don Juan de Masdeu, en cuatro volúmenes, el *Desiderio i Electo* i otros libretos abominables" (1).

Estas lecturas, por más que fueran pesadas i absolutamente extrañas al horizonte intelectual de un niño de cortos años, dejaban grabados en la memoria de Sarmiento ciertos conocimientos que no tenía la jeneralidad de sus condiscípulos i

(1) *Recuerdos de Provincia.*

compañeros, i manifestaban en él cierta superioridad sobre ellos.

Semejante superioridad le conquistó merecidas distinciones escolares, como la de ocupar el puesto de *Primer Ciudadano*, o sea un asiento de preferencia en las clases, al mismo tiempo que le captaba las simpatías de los maestros i de los que conocían sus aptitudes.

La enseñanza de la *Escuela de la Patria* se reducía a las nociones primarias, de indispensable necesidad. Comprendía los siguientes ramos: lectura, escritura, doctrina cristiana, nociones de aritmética i de gramática, ortografía, aritmética comercial e historia sagrada, repartidos en tres cursos, i álgebra, clase que hacia el director fuera de sus obligaciones para los alumnos del último curso. En cuanto al régimen de la escuela, no está de mas que digamos que era obligatorio el tratamiento de «señor» i de «usted» entre los alumnos para evitar todo asomo de desigualdad entre ellos, i que se les estimulaba al estudio por medio de pequeñas recompensas que hicieran apetecible el honor de llegar a los primeros puestos, que se disputaban segun el sistema escoces.

En el período de tiempo necesario, concluyó Sarmiento sus estudios, de una manera satisfactoria. Pudo entónces retirarse de la escuela; pero, como era mui niño todavía para ocuparse en algun trabajo productivo, i como sus padres no tenían recursos para enviarlo a continuar su educacion en un establecimiento de instruccion secundaria de fuera de la provincia, hubo de recomenzar la tarea concluida. Continuó asistiendo a la escuela indefinidamente, hasta que los sucesos políticos de Julio i Setiembre de 1825 llevaron al destierro a los maestros i cerraron las puertas del establecimiento.

La *Escuela de la Patria* rejentada por los hermanos Rodríguez, i el *Aula de Matemáticas* que tenía a su cargo frai Benito Gómez (franciscano español), fundacionés ámbas del doctor de la Roza, fueron durante algunos años los únicos planteles de instruccion que tuvo San Juan. De ellos salieron en su mayor parte los hijos de esa provincia que se distinguieron en la época de Rozas: Aberastain, Cortínez, Benavides i otros, fueron alumnos de la *Escuela de la Patria*.

Los padres de Sarmiento perseveraban en la idea de que

continuara la educacion de su hijo, i hacian esfuerzos tendentes a conseguirlo. En 1821, don Clemente Sarmiento llevó a su hijo a Córdoba, con el propósito de obtener para él una beca en el Seminario de Loreto. No tuvo la satisfaccion de ver realizados sus deseos i hubo de volverse a San Juan.

Parece que la fatalidad se empeñó en cerrar a Sarmiento las puertas de los establecimientos de instruccion secundaria, con una obstinacion tan porfiada, como grande era el deseo que sus padres tenian de ver cultivada su intelijencia.

Sabido es que uno de los primeros actos de Rivadavia, al ocupar el puesto de Ministro de Gobierno de la administracion del jeneral Rodríguez en Buenos Aires, fué dictar el importante decreto de fecha 2 de Febrero de 1823, cuyo artículo inicial decia: "Será costeadada en los colejos de esta capital la educacion, vestuario i mantenimiento de seis jóvenes de cada uno de los territorios que están bajo gobierno independiente i son parte de la antigua union."

Comunicado este decreto a los gobiernos provinciales, el de San Juan dispuso que, para enviar a Buenos Aires los seis jóvenes correspondientes a la provincia, se les eligiese por sorteo entre los alumnos mas sobresalientes de la *Escuela de la Patria* i del *Aula de Matemáticas*. Los directores de ámbos establecimientos presentaron las listas de sus alumnos distinguidos, i en la de la *Escuela de la Patria* aparecia en primer lugar el nombre de Domingo Faustino Sarmiento. Hízose el sorteo a fines de Febrero; pero no resultó favorecido el adolescente que tanto lo necesitaba. Fueron enviados a Buenos Aires: Antonino Aberastain e Indalicio Cortínez, quienes volvieron a San Juan para ejercer la profesion de abogado el primero i de médico el segundo; Saturnino Salas i Eufemio Sánchez, que estudiaron ingeniería i se quedaron en Buenos Aires, i dos mas que no concluyeron sus estudios.

Fácil es comprender la amarga decepcion que el fallo adverso de la suerte debió llevar al desvalido hogar del barrio del Carrascal, en que un padre, rudo pero bien intencionado, i una madre aspirante i abnegada, creyeron ver tronchado de raiz el porvenir del hijo en que fundaban tantas i tan gratas esperanzas! Don José Clemente Sarmiento no se resignó a inclinarse

ante la realidad de las cosas, sin tentar todavía un recurso estremo, que fué el de enviar al Ministerio de Gobierno de Buenos Aires la siguiente solicitud:

«Excmo. señor Gobernador i Capitan Jeneral de la provincia de Buenos Aires.—San Juan i Marzo 4 de 1823.—Respetable señor: En la imposibilidad de personarme ante V. E. por mi pobreza i atenciones, mi deseo virtuoso me sujere el arbitrio atrevido de esplicarlo a V. E. por medio de ésta.

Ocupado en prestar servicios asíduos en obsequio de la causa común, he invertido desde el año diez acá el tiempo de elaborar mi fortuna: soi padre, pobre, de numerosa familia, entre la cual es un hijo cuyos buenos talentos (segun el informe de los maestros) le granjearon lugar entre la lista de los candidatos a optar la gracia que la jenerosidad de V. E. les franquea para su ilustracion; pero, reducidos a suerte, no tuvo la dicha de que le cupiese.

Mi proyecto, señor, es grande, talvez temerario; pero al frente de la benevolencia de V. E. se aniquila, en mi concepto, toda enormidad i se cambia en la firme confianza de obtener mi súplica favorable acogida. Es mi deseo que, ilustrándose el tal mi hijo, pueda a su vez ser útil en lo posible a la América, i como la estrechez de mis facultades toca casi a los umbrales de la mendicidad, hacen ilusorio este mi anhelo, si la benignidad de V. E. no le permite por gracia extraordinaria, en clase de super-numerario, un lugar cualquiera en el colejio.

Reposo tranquilo en que la prudencia que caracteriza a V. E. disculpará lo avanzado de mi peticion, i espero sumiso, sea cual fuere, la resolucion que en el particular se digne dictar V. E. Esta ocurrencia, Excmo. señor, me proporciona el honor de firmarme con mi mas profundo respeto, afectísimo servidor Q. B. L. M. de V. E.—*José Clemente Sarmiento*.—Señor Gobernador i Capitan Jeneral de la provincia de Buenos Aires, don Martin Rodríguez.

Esta solicitud fué archivada en el Ministerio de Gobierno de Buenos Aires, i parece que no obtuvo providencia.

A continuacion de estos sucesos, que forman una página dolorosa de la vida de Sarmiento, entra a figurar en ella un personaje singular cuyo modo de ser estaba llamado a ejercer grande

i decisiva influencia en la incipiente naturaleza del jóven. Nos referimos al presbítero don José de Oro.

Pertenecía este sacerdote a una familia distinguida tanto por su posicion como por el talento de algunos de sus miembros. Habia sido capellan de la division que al mando del coronel Cabot invadió en 1817 la provincia de Coquímbo, secundando los planes de San Martín. En su trato, era un hombre liberal, de maneras cultas i ajeno a muchas de las meticulosidades i pequeños escrúpulos que distinguen a los eclesiásticos; vestia ordinariamente de particular; «tomaba parte en el baile serio en la alta sociedad a que pertenecía, i gustaba de encontrarse en fiestas i regocijos de esa clase culta i progresista» (1).

El presbítero Oro era pariente de Sarmiento, pues su apellido materno era como el de éste Albarracín. Estimaba al niño por su intelijencia, i queriendo serle útil, lo llevó a su casa, poco despues del fracaso que habia experimentado en sus deseos de ir a un colejio de Buenos Aires, para mantenerlo i vestirlo a sus espensas, i enseñarle latin, jeografía i relijion.

Al lado de su tío (pues este título le daba), adquirió Sarmiento muchos conocimientos sobre los sucesos de la época de la Independencia, que acababa de pasar, i tenia ocasion de informarse de los interesantes acontecimientos que se desarrollaban entónces en San Juan, en Mendoza i en Buenos Aires.

El 10 de Enero de 1823 habia tomado posesion del cargo de gobernador de la provincia el jóven doctor don Salvador María del Carril. Era éste entónces un mozo de 23 años de edad, ilustrado i decididamente partidario de la política centralista de Rivadavia, que tenia el empeño de dictar una Constitucion provincial i de realizar grandes reformas políticas i relijiosas. Fué apoyado en sus propósitos por su ministro don Rudecindo Rojo i por la parte ilustrada de la poblacion i combatido por el partido federal, el clero i la parte ignorante del pueblo. El gobierno del doctor Carril obtuvo de la lejislatura, en Julio de 1823, la sancion de la reforma eclesiástica, que puso en manos del Estado los bienes de las comunidades relijiosas, i en Junio de 1825, la de la *Carta de Mayo*, declaracion de los derechos

(1) *Recuerdos históricos sobre la provincia de Cuyo*, por don Damian Hudson.

que se reconocian a los habitantes de la provincia, en la cual quedaban constitucionalmente garantidas la libertad de cultos, la de imprenta, la de industria, etc.

Estas reformas, que en la mitad de los países de la América española no se han podido realizar todavía por la tenaz resistencia que les opone el estado social, debieron parecer en San Juan i en el primer tercio de este siglo, barbaridades sin nombre.

Los actos del gobernador Carril en San Juan i de los ministros Delgado en Mendoza i Rivadavia en Buenos Aires, eran comentados con apasionamiento por dos partidos, que ya podemos denominar con propiedad unitario i federal. Una interesantísima discusion de hechos i doctrinas era la preocupacion de todos los momentos en un pueblo que acababa de salir de la siesta dos veces secular de la colonia. La discusion del artículo 17 de la *Carta de Mayo*, que consagraba la libertad de cultos (1), dió lugar a reuniones de los partidos que se traducian en peticiones a la Legislatura para que resolviere en tal o cual sentido. El mismo Dr. Carril redactaba una hoja periódica (la primera que se publicó en San Juan) en que defendia la *Carta*, que era su obra, i de mano en mano circulaba un gran número de pasquines que eran la espresion de otras tantas opiniones.

Si añadimos a lo anterior que todo esto sucedia en un pueblo que no tenia mas de ocho o diez mil habitantes, ni mas centro de instruccion que los que habia fundado el Dr. de la Roza, nos podremos formar una idea aproximada de lo que seria ese vaso de agua lleno de tempestades, ese pequeño mundo en que se ajitaban las emulaciones personales, los resentimientos de partido i las ideas en conflicto.

Tal era la atmósfera en que respiraba, al traspasar apénas los umbrales de la pubertad, el niño que habia manifestado tantas tendencias a ilustrarse i que alimentaba la ambicion de subir en la carrera de la vida. La lucha de las buenas con las malas pasiones, de las ideas que se habian de abrir camino con las que de-

(1) Quedó aprobado en la forma siguiente: Ningun ciudadano o extranjero, asociacion del país o extranjera podrá ser turbada en el ejercicio público de su religion, cualquiera que profesase, con tal que los que la ejerciten paguen i costeen a sus propias espensas su culto.

bien pasar a la historia, de los partidos que ya se empezaban a diseñar de una manera clara, era sin duda un espectáculo instructivo que debió despertar reflexiones e ideas en el cerebro bien organizado de Sarmiento.

La situación creada por el gobierno de Carril no podía durar. Los adversarios de ella, i principalmente el clero, prepararon una revolución que le puso término en la noche del 26 de Julio de 1825. Los señores Oro, varios eclesiásticos del orden regular i secular i algunos miembros caracterizados del partido federal eran los jefes de la revolución, que se hizo sin derramar una gota de sangre. El Dr. Carril, que fué dejado en libertad, se trasladó a Mendoza, en solicitud de auxilio del gobierno unitario de esa provincia. No tardó en volver con un cuerpo de tropas mendocinas al mando del coronel José Aldao, que vencieron en el combate de las Leñas a las fuerzas que les opusieron los federales sanjuaninos. Carril quedó repuesto en el mando de que había sido despojado, pero lo renunció, siendo elegido en su lugar con *facultades extraordinarias* don José de Navarro.

Los unitarios, dueños nuevamente de la situación en San Juan, tomaron algunas medidas de represión i de venganza. Por decreto de fecha 13 de Setiembre, se declaró "espelidos para siempre del territorio de la provincia: el presbítero don Manuel Astorga, don Ignacio Fermin Rodríguez, don Roque Jacinto Rodríguez" i otros; tres días después se decretaba lo siguiente: "Los presbíteros don José Oro, don Juan José Rebolledo, don Manuel Torres i don Dionisio Rodríguez i los paisanos don José Jenaro Rodríguez, don Juan Antonio Maurin, no podrán volver a la provincia sin pasaporte especial de este Gobierno."

Se ve, pues, que los odios políticos señalaron el camino del destierro al presbítero Oro i a los tres maestros de la *Escuela de la Patria*. En un solo instante se vió privado Sarmiento de todos aquellos que prestaban un servicio positivo a la obra de su educación. Los estudios que hacía, que, por elementales i desordenados que fueran, tenían para él un valor inestimable, quedaban interrumpidos.

La supresión de la *Escuela de la Patria* dejó a Sarmiento mucho tiempo que debía emplear en algo. Se ocupó entonces como ayudante de Mr. Víctor Bateau, ingeniero francés que hacía la

delineacion i el plano de la ciudad, obras que habia ordenado el Dr. Carril. Durante tres meses estuvo Sarmiento adquiriendo por la práctica diaria los conocimientos rudimentarios de la mensura i del levantamiento de planos. Si hubiera conservado por algun tiempo la ocupacion, tal vez se hubiera podido asimilar conocimientos bastantes para asegurarse un medio de ganar la vida; no le fué dado, sin embargo, alcanzar este resultado, porque Mr. Bateau, que frecuentemente abandonaba sus niveles i tomaba la pluma para atacar a los gobernantes, tuvo que suspender sus trabajos, i trasladarse poco despues a Mendoza.

El presbítero Oro, al abandonar a San Juan, se habia ido a establecer en San Francisco del Monte, pobre i reducido caserío del norte de la provincia de San Luis. Sarmiento, cuando no pudo ya continuar sus tareas i estudios de ingeniería, fué a reunírsele; pasaba esto a principios del año 1826. Durante su estadía en el árido i solitario rincon de la Sierra de San Luis en que moraba su tio, continuó sus estudios de latin i de relijion, i, mas que todo, la formacion de su carácter segun el molde del alma vigorosa i bien templada del presbítero Oro. Recordemos lo que respecto de la influencia de éste en su educacion moral e intelectual, dice el mismo Sarmiento en sus *Recuerdos de Provincia*:

«Mi intelijencia se amoldó bajo la impresion de la suya, i a él debo los instintos por la vida pública, mi amor a la libertad i a la patria, i mi consagracion al estudio de las cosas de mi país, de que nunca pudieron distraerme ni la pobreza, ni el destierro, ni la ausencia de largos años. Salí de sus manos con la razon formada a los quince años, valenton como él, insolente contra los mandatarios absolutos, caballeresco i vanidoso, honrado como un ángel, con nociones sobre muchas cosas, i recargado de hechos, de recuerdos i de historias de lo pasado i de lo entónces presente, que me han habilitado despues para tomar con facilidad el hilo i el espíritu de los acontecimientos, apasionarme por lo bueno, hablar i escribir duro i recio, sin que la prensa periódica me hallase desprovisto de fondos para el despilfarro de ideas i pensamientos que reclama. Salvo la vivacidad turbulenta de su juventud, que yo fuí siempre taimado i pacato, su alma entera trasmigró a la mia, i en San Juan, mi familia, al

verme abandonar a raptos de entusiasmo, decía: ahí está don José de Oro hablando; pues hasta sus modales i las inflexiones de voz alta i sonora se me habian pegado.»

Al mismo tiempo que estudiaba, se ocupó tambien Sarmiento en practicar una obra de misericordia, enseñando a leer a unos cuantos agrestes e indómitos hijos de la localidad, mayores de 20 años algunos de ellos, i de los cuales uno hubo de abandonar la cartilla para casarse.

Ocupaba por aquel tiempo el gobierno de San Juan don José Antonio Sánchez (chileno), continuador de la política unitaria de Navarro, aunque sin sus rigores. Sánchez conocia a los padres de Sarmiento i sabedor de las cualidades intelectuales de éste, se interesaba por su educacion i habia insinuado la idea de enviarlo al Colejio de Ciencias Morales de Buenos Aires, a espensas del gobierno provincial. Cuando estuvo todo arreglado en este sentido, don José Clemente Sarmiento fué a la Sierra de San Luis en busca de su hijo i regresó con él a San Juan en los primeros días de Enero de 1827. Una decepcion mas los esperaba. Facundo Quiroga, al mando de los llaneros de la Rioja, se aproximaba a San Juan, el gobierno de Sánchez caia, i los federales enseñoreados en la provincia elevaban al mando a don Manuel Gregorio Quiroga.

Fué preciso a Sarmiento buscar una ocupacion lucrativa. Se empleó como dependiente en un almacen que estaba situado frente al cuartel de San Clemente. Permaneció poco mas de dos años viviendo la vida monótona de los que se dedican a las tareas del pequeño comercio. Debía levantarse temprano para abrir el almacen, barrer éste todas las mañanas, «vender tocuyo i quimones por varas al mismo tiempo que yerba i azúcar» durante todo el día, hasta que, llegadas las ocho o nueve de la noche, le era dado retirarse i gozar de las satisfacciones del hogar. I esto, que era la vida de todos los días, sin mas emociones que las noticias de las crueldades de Facundo Quiroga, tenia necesariamente que producir el tedio en el alma de aquel jóven de talento i de aspiraciones que, con sus 16 años de edad, no podia sobrellevar las adversidades con la serenidad que traen consigo largos años de combate en la lucha por la existencia.

En medio de la aridez de sus ocupaciones, encontró Sarmien-

to algo que vino a distraerlo i a prestarle mui útiles servicios. En su tienda se encontraban para la venta algunos ejemplares de los catecismos de ciencias i artes, escritos en lengua castellana, que había publicado en Lóndres el editor Rodolfo Ackermann con el fin de satisfacer la necesidad de libros instructivos para el pueblo, que se hacia sentir en las jóvenes repúblicas de la América española; tambien había allí una que otra obra mas, del mismo jénero. Sarmiento pasaba todos los momentos que le dejaban libres los parroquianos del negocio, abstraído en la lectura de esos libritos, insignificantes para los que habían tenido la suerte de recibir una educacion metódica, pero valiosos para él, que debía esperarlo todo del estudio reflexivo. Entre sus lecturas de aquellos tiempos, las que mas impresion causaron en su ánimo fueron los compendios de historia griega i romana i las vidas de Ciceron i de Franklin. Esas relaciones sintéticas del nacimiento, desarrollo, decadencia i muerte de dos grandes pueblos, i de los hechos de dos grandes hombres, despertaron en Sarmiento los sentimientos de admiracion por todo lo que es grande i bueno i el deseo de imitarlo, que se anidan en el corazon de la juventud intelijente.

Cuando, cerrado ya el almacen, se retiraba el jóven dependiente a su casa, encontraba en ella a su tio el presbítero don Juan Pascual Albarracín, en cuya compañía hacia la lectura de la Biblia hasta que llegaba la hora del sueño. Esta interesante i utilísima lectura nocturna duró mas de un año: el jóven leía en alta voz los pasajes del gran libro, i el sacerdote se los iba esplicando en conformidad a las interpretaciones aceptadas por la Iglesia.

Singular es el hecho de que la poca educacion que estuvo al alcance de Sarmiento fuera toda relijiosa. Iniciada por una madre i por maestros creyentes en la plena acepcion de la palabra, continuada por los clérigos Quiroga Sarmiento i Oro—a quienes el niño sirvió de *monaguillo* en las ceremonias del culto—esa educacion fué en cierta manera coronada por el presbítero Albarracín con el comentario de las Sagradas Escrituras. Además, la parentela de Sarmiento tenia tradiciones clericales, como que muchos de sus miembros del pasado habían vestido la sotana o el hábito de Santo Domingo. Dos tios suyos, frai Justo de Santa María de Oro (domínico) i el presbítero don

José Manuel Eufrasio de Quiroga Sarmiento, que pertenecían como don José de Oro al clero distinguido de San Juan, alcanzaron sucesivamente la dignidad episcopal. El nombre mismo de Domingo que se había dado a Sarmiento en la pila bautismal obedecía a una devoción tradicional en el apellido materno, en virtud de la cual casi todas las ramas de ese apellido presentan frailes de la orden dominicana. Sin embargo, a pesar de haber nacido i de haber formado su corazón en un medio ambiente tan relijioso, i de haber sido arrebatado por contraria suerte a la ilustración metódica de los colejos i de las universidades, Sarmiento llegó a ser uno de los mas convencidos i valientes propagadores del libre pensamiento en los países americanos.

Dice Sarmiento en sus *Recuerdos de Provincia*, que se sintió asaltado por las primeras dudas en materias de fé, al oír algunas de las predicaciones que hizo el canónigo riojano don Pedro Ignacio de Castro i Barros, cuando estuvo dando misiones en San Juan a mediados de Julio de 1827. El doctor Castro i Barros era un sacerdote de talento i de carácter, de gran reputación como orador sagrado, que, en cumplimiento de una orden del obispo de Córdoba (del cual dependían entónces en lo espiritual las provincias de Cuyo), recorrió durante dos años estas provincias dando misiones i estudiando las necesidades relijiosas de los habitantes; en San Juan predicó con un ardor que es fácil concebir, contra el partido unitario que había apoyado las reformas liberales del doctor Carril, i obtuvo del partido federal dominante el restablecimiento de los eclesiásticos regulares en sus conventos.

En los tiempos a que hemos llegado, traspasaba Sarmiento los límites de la adolescencia i alcanzaba apenas los de la juventud. Se encontraba ya iniciado en el cumplimiento de los deberes que le correspondían como único hijo varón de una familia pobre, i observaba una conducta irreprochable. La tranquilidad de su vida no debía, sin embargo, durar mucho tiempo; pronto lo veremos arrastrado por la voráGINE de los acontecimientos públicos de su país.

(Continuárá)

J. GUILLERMO GUERRA

